



## REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA.

ADMINISTRACION: Librería de la Inmaculada Concepcion, calle del  
Buensuceso, n.º 13, Barcelona.

### PRECIOS DE SUSCRICION.

En España é islas adyacentes.	14 pesetas al año.
En Cuba y Puerto-Rico. . .	17 id. id.
En las islas Filipinas. . .	20 id. id.
En Portugal. . . . .	5200 reis id.
En Francia, Argelia y Bélgica.	16 francos id.
En las repúblicas de América.	25 pesetas id.

### ADVERTENCIAS.

No se admiten suscripciones por menos de un semestre en España, y de un año en Ultramar y Extranjero, comenzando siempre por enero.

No se atenderá suscripción alguna cuyo importe no se haya anticipado por medio de libranza, letra de fácil cobro, ó de otro modo fácil y seguro.

Los números sueltos se venden á 3 rs.

### SUMARIO DE ESTE NUMERO.

TEXTO.—JERUSALEN: Una nueva Mision en Hosson, página 341.—SIRIA: Excursion á la Mision de los Padres Jesuitas; San Juan de Acre, 342.—INDOSTAN: Progresos de la fe entre los párias de Alladhy; un pueblo de cristianos de alta casta; el hambre, 343.—AFRICA ECUATORIAL: Mision de Zanzibar, 344.—REPÚBLICA ARGENTINA: Misiones católicas para los indios, 346.—Nuestra Señora de la Consolata, 347.—Misiones africanas, 348.—CRÓNICA: España, Roma, Siria,

Bagdad, China, Ceylan, Mandchuria, Estados-Unidos, Athabaska-Mackenzia, Fitipinas, Australia, Noticias varias, 351.—Ni perdidas ni olvidadas; las Marianas; las Carolinas, 355.—MISCELÁNEA, 360.

FOLLETIN.—Viaje bíblico en Oriente. (Pliego 23 del tomo 2.º)

GRABADOS.—San Juan de Acre, 341.—Ofrenda á Nuestra Señora de la Consolata en el Libano, 345.—Un maronita conduce su rebaño junto al santuario de Nuestra Señora de la Consolata, 349.—Nueva iglesia de Kaduganawa, 353.—Ilmo. Korkoruni, arzobispo armenio de Malatia, 356.—Príncipe indio, 357.



No todos fijan la atencion en que aquella batalla gloriosísima, cuya memoria va siempre unida, por disposicion de la Iglesia, con la de la proteccion de la Virgen y la devocion del Rosario, ni se hubiera pensado, ni se hubiera dado, ni se hubiera ganado, ni honraria nuestra historia, ni habria arrancado de manos de los turcos el cetro del Mediterráneo, á no ser por una carta de un Soberano Pontifice. No fueron los venecianos ni Felipe II los que concibieron el designio de librar á Italia y á toda la cristiandad del temor continuo de ver apresados sus bajeles, asaltadas las costas y tomadas las ciudades por los tripulantes de las galeras otomanas; fué un anciano achacoso y próximo á la muerte, á quien no movia otra ambicion que la de salvar las almas, ni otro interés que dejar seguros, prósperos y felices los pueblos europeos, depositarios de la verdadera fe y de la civilizacion verdadera.

El odio contra lo santo y venerando, el ansia de romper el freno de las leyes morales, y no sé qué aversion á la virtud y los que la practican, sembraron la historia de calumnias contra los Vicarios de Jesucristo, y quieren ahora llenar los aires con clamores de alabanza y la tierra con monumentos conmemorativos de los que fueron sus mayores contrarios; pero no se han perdido los testimonios y documentos irrefragables donde quedaron grabados los beneficios de toda especie que derramaron sobre los pueblos cristianos los directores de la Iglesia, y muchos se están ahora dando á luz, gracias á los cuidados, las órdenes y los consejos del Pontifice reinante.

Cuando san Pio V escribió el documento que sigue á estas lineas, grandes riesgos corria la fe, la cultura, y el bienestar y el porvenir de las naciones civilizadas; los turcos las amenazaban con la pérdida de la libertad, y los herejes con la pérdida de la autoridad religiosa; ahora nuevos bárbaros, nacidos del refinamiento de la civilizacion y la corrupcion de lo óptimo, amenazan al propio tiempo á la autoridad religiosa, á la autoridad civil y la libertad para lo bueno. Pero los Sucesores de Pedro combaten sin descanso por la salvacion de la sociedad humana, y al mostrarnos con el dedo lo que han hecho y refiere la historia para que adivinemos lo que pueden y han de hacer, parecen recordarnos lo que decia su Maestro divino á la Samaritana: *Si scires donum Dei!* ¡Si supiera el mundo lo que ellos nos han dado y lo que nos pueden dar!

La carta de san Pio V dió á España y á Italia la gloria de Lepanto, y á todas las naciones cristianas el predominio sobre los turcos, que entonces eran la más poderosa de la tierra; ahora leamos este venerable documento como merece ser leído:

*Carta que Su Santidad escribió al rey Felipe II, excitándole á la liga y guerra contra los turcos.*

(M. S. de la Biblioteca Nacional, Códice G. 51, folio 281.—Publicóse en la *Historia del combate naval de Lepanto*, etc.; obra premiada por la Real Academia de la Historia, escrita por D. Cayetano Rosell.—Madrid: Imprenta de la Academia, 1853, pág. 163).

PIO PAPA V.—Muy amado hijo: Quando atentamente me pongo á considerar el estado que al presente tiene la república christiana, y hallo en ella tanta miseria y desventura, tanta afliccion y trabajo, no puedo dejar de recibir un pesar y sentimiento tan entrañable; que vengo con el Apóstol á desear la muerte y decir á Dios lo de Elías: «Señor, basta lo que he vivido.» No soy mejor que mis pasados, porque verdaderamente ha venido mi Pontificado á un tiempo tan desventurado y triste, que, no sólo me pesa de vivir, mas aún, me avergüenzo. A cualquiera parte que vuelvo los ojos, veo enflaquecida la christiandad y las fuerzas de nuestra fe, y amancillada y angustiada del todo la hermosura de la Iglesia de Dios: hecha esclava está ya la que fué libre y señora de las gentes; y sin recontar pérdidas pasadas que ha recibido este pueblo christiano, vengamos á las de agora.

Apenas hube tomado sobre mí este cargo de servidumbre Apostólica, quando el Gran Turco, con poderoso ejército de á pié y á caballo entró por Ungria, á sujetar lo poco que allí le faltaba para ser toda suya; y puso en tanto aprieto á Maximiliano, electo Emperador, y en tanto miedo á toda Alemania, que si Dios, por su infinita misericordia y por oraciones de los fieles no amansara la furia de esta gente con muerte de aquel tirano, no solamente asolara aquellas provincias, mas aquí, en Italia, corriéramos el mismo peligro y desventura. Amansada, pues, esta tempestad, no diré cierto que vino la bonanza en la Iglesia de Dios, porque luego en la baxa Alemania, que es de vuestro Señorío, se levantaron tantos errores y herejías, que estuvieron bien á punto de salirse de nuestra obediencia. Congójome en pensar, cuanto más en escribir, las maldades y abominaciones que allí se cometieron: unas iglesias quemadas, otras asoladas, echándolas por tierra profana, y las imágenes de los Santos rasgadas y vituperadas. Deshacian altares, perseguían y mataban á los sacerdotes, derramando infinita sangre de justos, y dieron rienda suelta á todo género de torpeza y deshonestidad, poniendo los herejes todo su esfuerzo en apartar los católicos de su verdadera Religion, y assi, á un tiempo que esto pasaba en Flándes, habia lo mismo en Francia. ¿Qué alborotos, qué incendios dejaron de acometer en ella los rebeldes herejes? Su atrevimiento llegó á tanto, que se pusieron á prender á su Rey Christianísimo Carlos, nuestro amado hijo, y, hiciéranlo, si una hora antes no fuera avissado y hubiera huido de sus manos: saquearon las ciudades que no eran de su opinion, robaron las casas y hacienda de los católicos; á todo aquel reino revolvieron con batallas, muertes y sangre, y aunque esto se sosegó por algunos dias, no dejaron por eso de bolver á sus maldades y vellaquerías, hollando el santo templo, violando todo lo sagrado; los Obispos, vestidos de pontifical, traídos por las calles en su escarnio y afrenta; á unos empozaban y á otros despeñaban, y arrojaban sus vestidos y cuerpos á bestias fieras; los demás ministros de Dios, martirizados con dolorosos géneros de tormentos; su Rey puesto en gran aprieto, y milagrosamente se ha librado de sus traiciones; y vive aora rodeado de tantos enemigos dentro y fuera de su casa, que verdaderamente parece que tiene la vida y reino á disposicion dellos. ¿Qué diré de Inglaterra? Qué poco florece ya en fee y christiandad, haviendo agora á gobernarse por una deshonestísima mujer! La qual, con abominable tiranía, ha hecho su reino sumidero de inmundicias, adonde se recoge aora cuanta hediondez y vascosidad de herejías hay en el mundo, quitando el santo sacrificio de la Misa, encarcelando los católicos Prelados, apartando de su consejo los varones nobles y honestos, se intitula Cabeza de la Iglesia en sus Estados. ¡Oh, abominacion horrible! Esta misma malvada hembra, ó, por mejor decir, ponzoña y corrupcion de la república, tiene en prision á la Reina de Escocia, nuestra querida hija en Jesu-Christo, privada de sus reinos y señoríos; y tras esto, con soberbios edictos y premáticas, fuerza á todos los fieles que profesen la herejía y nieguen la verdadera Religion católica, para que della ningun rastro quede en todos sus reinos. Y porque á semejantes calamidades subcedan por nuestros pecados otros tales ó mayores, el Turco, nuestro comun y cruel enemigo, quebrando las antiguas treguas que con venecianos tenia, se apercebe aora de poderosa armada, y por tierra de grandes ejércitos, para acometer la christiandad, amenazando á los Principes della con muerte y total destruicion de su reinos y ciudades. Pues yo, si estoy aquí á sólo ver tanto mal, y en tantas partes, si en ello no pongo algun remedio, si no soy de algun provecho y ayuda, ¿á qué quiero vivir más? Porque esta Sancta Silla no tiene de sí fuerzas bastantes que resistan á un enemigo que con nuestros mismos descuidos se ha hecho tan poderoso, si no es poniendo los Principes christianos juntos su último poder y esfuerzo por mar y tierra. No hay esperar su furia: no puedo hacer otra diligencia si no es la de mi oficio, que es atalar de este lugar alto donde Dios me ha puesto, y avissar, como el Profeta manda, á los Reyes y pueblos que tienen enemigos para que se guarden, no sean despues de mi cargo ninguna de las almas que perecieren. Con tiempo, pues, aviso á todos que viene gran tempestad; y levantando mi voz



hasta el cielo, pido ayuda y socorro á los Principes christianos, especialmente á V. M.; para que junto con ellos de conformidad se defiendan, hagan guerra á este bárbaro, y sea con la presteza que la necesidad requiere. La christiandad está ya tan desmayada y arrinconada, que si toda ella no se junta á remediar su peligro, imposible es dejar de perderse muy breve, pues la experiencia nos muestra que el poderío de ningun Rey christiano es igual solo al turco, y junto el de todos es muy bastante para quebrantalle y deshacelle. Necesario es que todos, de una misma conformidad, voluntad y fuerza, resistan al enemigo comun. Esto es lo que á V. M. ruego yo que haga; y pues en religion y poder resplandecéis entre todos los Principes christianos, la ayuda que en este negocio hiciéredes tambien ha de ser muy aventajada. Mirad lo que los Turcos señorean las tierras y provincias que mandan, y sobre todo la hambre y codicia con que pretenden sojuzgar la Europa; y para temer que puedan salir con esto, consideremos que en breve se hicieron señores de Assia y de lo mejor de Africa, y después de toda Grecia, y luego passaron á Ungria, y tienen della lo más importante, que es tenernos puesto el cuchillo á la garganta; porque siendo aquella tierra la defensa y amparo de Alemania y Italia, aora que es suya, abierta tiene la puerta por Ynstre y Frexe para meter los exércitos que quisiere; por mar, en menos de una noche, puede llegar su armada á Brindis desde la Belona: y yerra grandemente el que imagina que gente belicosa y rica y tan rabiosa de señorear, se contentarán con lo que aora poseen. Por cierto, ninguna victoria alcanzarian, que no piensen que es escalon para subir á otra mayor, hasta acabar de enterrar el Evangelio y publicar en todo el mundo su malvada seta de Mahoma: así que, hijo mio y muy amado en Jesu-Christo, á quien Dios Todopoderoso adornó de tan extremas virtudes, y de tantos y tan abundosos reinos os hizo señor: sed vos el primero que persuadáis á los demás esta liga contra los turcos; ninguno dellos habrá que no siga vuestro parecer y auctoridad: ninguno de los reinos dejará de tomar este negocio y pelear por propio y particular suyo. Yo tambien de muy entera y alegre voluntad ayudaré con lo que pudiere á tan justos movimientos, y assimismo mandaré se haga oracion pública por toda la Iglesia, para que se duela Dios de nosotros. Espere-mos que, siendo fuente de misericordia, se apiadará de su pueblo, y no permitirá que su pueblo venga á manos de infieles; sin falta será en nuestra ayuda, y harémos maravillas en su nombre. Deshará nuestros enemigos, porque no es abreviada su mano para hacernos merced; que aunque aora se ha alejado de nos, por nuestros pecados, es tan piadoso, que en llamándole se nos acercará: aplacarle hemos con humildad, pues con soberbia le ofendimos, y viéndonos con contrito corazon, y que venimos esforzadamente á pelear por su nombre, terror y espanto pondrá á los enemigos, en tanto que se concluye esta general concordia y defensa comun; y en tanto que se adereza lo necesario de ella, ruego á V. M., por las entrañas de Jesu-Christo, y le requiero que embie luego la mayor armada que pudiere á Sicilia, porque estará allí á propósito para que si los enemigos viniesen sobre Malta, puedan defenderla, como lo hicieron otra vez; y si cercasen á la Goleta, con más facilidad será socorrida; y quando acometiere, como se teme, á Chipre, isla de venecianos, y cerrasen el paso para estorbar el socorro que le fuese, estando las galeras de V. M. juntas con las de Venecia, los turcos no se harán señores de la mar, ó se podria ofrecer ocasion de pelear con ellos y alcanzar alguna victoria con ayuda de Dios. Esto pido á V. M. con el encarecimiento posible, porque entiendo claramente que si la armada de V. M. se pasase en Sicilia, seria un freno terrible para los enemigos, y gran desmayo para quanto emprendiesen, y los nuestros en cualquiera parte que sean acometidos, ternán por cierto el socorro: y como cosa esta de tanta importancia, torno á rogarlo á V. M., y que ponga delante del peligro comun de la christiandad, de su propio Estado, la fée que en el baptismo professasteis, y con quantos beneficios os ha Dios obligado á defender la Iglesia, no tan solamente por haberos criado y redimido con su sangre, y dádoos tantos reinos y señorios, sino tambien por la honra que su Sancta Iglesia, Madre de los fieles, ha dado siempre á vuestros progenitores de gran memoria,

autorizándolos con un glorioso título y renombre de Cathólicos.

Esta, pues, Sancta Iglesia y Madre nuestra se está quejando, y con lágrimas pide vuestra ayuda; si sus hijos no lo remedian, ¿de quién espera favor? Yo como Pastor, que tengo á cargo tantos rebaños de almas, estoy viendo sobre ella una noche harto oscura con herejias, y bien temerosa por los continuos rebatos en que nos ponen estos lobos infieles: aora que oyo sus aullidos, aviso á todos dello, y con vivas lágrimas les notifico que se acerquen. Yo de mi parte, por la conservacion y guarda de mi ganado, por defenderles de estas fieras, muy aparejado estoy á tomar cualquiera trabajo y ponerme á cualquiera peligro. Ni más ni menos amonesto á V. M. que la esté, y por aquel Soberano Señor le encargo que así en embiar su armada á Sicilia, y concluir liga y union con los demás que es necesario para la guerra contra los turcos, muestre V. M. á todo el mundo el celo que tiene á la honra y servicio de Dios; y aunque yo sé que sin este mi aviso y advertimiento se resolverá V. M. á hacerlo; mas per cumplir con mi oficio y obligacion, y con el cuidado que debo tener de verdadero Padre, he querido significarlo en carta, y porque en ella no se puede decir esto tan cumplidamente como desseo, embio al maestro Torres, de nuestra cámara, persona á quien por su bondad y virtud tenemos particular aficion, y siendo tan leal vasallo de V. M., ha venido más á propósito encargarle este negocio. Y assi todo lo que de mi parte propusiere, rogamus á V. M. le dé el mismo crédito que á mí. En Roma á 5 de Marzo de 1571 años.»

Felipe II cumplió en todo los deseos del Soberano Pontífice. El 25 de Mayo se firmó en Roma la liga de Su Santidad con España y Venecia; la escuadra fué á Sicilia; y el 7 Octubre del mismo año ganó la batalla de Lepanto.

J. MENÉNDEZ DE LA POLA.

(L. C.)

## NUESTRA SEÑORA DE LA FAMILIA.

### LEYENDA.

Amel el pastor y Fenora la rubia, su mujer, vivian en la parroquia de San Viñol, hoy anegada, en la bahía de Cancale.

Fenora era buena y bonita. Amel fuerte y bueno. El llevaba la estatua de la Virgen en la procesion del 15 de agosto. No tenían hijos, y esto les entristecía.

Cierto dia que Amel volvia pensativo del monte encontró á Fenora llorando, y comprendiendo el motivo le dijo:

—Querida mia; teje un hermoso velo á la Virgen Maria; ya verás como en recompensa te envia un angelito á tu cuna para que lo mezas.

¿Pero cuándo ha discurrido un hombre una cosa antes que su mujer? Fenora tenia ya tejido el velo, más blanco que la nieve y tan trasparente como las nubes de verano.

La Virgen de San Viñol era riquísima, porque las gentes del pais la colmaban de regalos; pero al ver aquel velo precioso que habia allí puesto la piedad, se alegró y lo aceptó. Amel y Fenora tuvieron un niño, y la dicha se mecía en su cuna.

Cuando cumplió el niño nueve dias, Fenora, que aún estaba débil, le cogió en sus brazos y le llevó al altar de la Virgen.

—Maria, dijo arrodillándose, hé aqui la alhajita que me habeis dado. Os la devolvemos, ¡oh Madre! sea para Vos, y que crezca vestido con vuestro traje celeste. ¡Miradle, Virgen bendita! Lo hemos llamado Raul, como se llamaba el padre de su padre. Miradle bien, para que le conozcais el dia que os necesite.

Amel respondió:

—Así sea.

Y el niño creció, vestido siempre con los colores celestes.

No se sabe si á causa de los pecados de los feligreses de San Viñol, ó á causa de los de otras parroquias de la costa, una noche de horrible desgracia el rio creció como la leche hirviente que se escapa del vaso; el viento soplabá, la lluvia y caía la tierra temblaba; toda la llanura estaba cubierta de agua, y al ama-



necer se vió que no era el río el que se desbordaba, sino el mar. Llegaba sombrío, impetuoso, revuelto. Rotas las barreras con que Dios detenía sus ímpetus, llegaba, pero ya no como mar, sino como diluvio.

La iglesia de San Viñol estaba situada en una altura. Los inundados se refugiaron en ella; pero Amel y Fenora se quedaron en la puerta de su casa, más alta aún que la iglesia.

Cuando les llegó el agua á la puerta, subieron al primer piso con el pequeño Raul; cuando llegó allí el agua, subieron al techo; pero también allí les siguió.

—¡Esposo mío! exclamó Fenora, alabado sea Dios; todos vamos á morir juntos.

—No, respondió Amel.

—¡Cómo! ¿Piensas abandonarnos?

El agua le tocaba ya; entonces añadió poniéndose en la punta del tejado:

—Coge á nuestro hijo, súbete con él encima de mí, que yo te ayudaré; pon tus piés en mis hombros, y tente firme.

Fenora comprendió, y se echó á llorar.

—¡No! ¡eso nunca! exclamó.

—Date prisa, lo mando, dijo el padre. Salvemos al niño, sosteniéndote sobre mí durarás un instante más, y quizás se detenga el agua. Adios, mujer mía; si muero y te salvas, dile que se acuerde de su padre.

Fenora obedeció, y cuando subió á los hombros de su marido, el agua cubrió la cabeza de éste.

Fenora, exhalando el corazón por los ojos, agarraba al niño. Cuando el agua llegó á su cintura, elevó al pequeño Raul, y despues de estrecharle contra su pecho le dijo:

—Súbete encima de mí; pon los piés sobre mis hombros y tente firme.

—¡Oh madre, dijo el niño, no, no!

—Date prisa, lo mando; quizás el agua se detenga. Sosteniéndote sobre mí quizás dures un instante más, y si te salvas me alegraré infinito. Adios, hijo mío, corazón mío, acuérdate de tu padre y de tu madre.

No habló más porque el agua la tapó la boca.

Sólo quedó por cima de las olas la rubia cabecita de Raul y un pliegue de su traje azul que flotaba sobre las aguas.

Pero en aquel instante la Virgen de Viñol salía de la iglesia por la ventana más alta, abandonando su pedestal anegado para huir al cielo. Llevaba consigo todas las ofrendas que había recibido.

Al emprender su vuelo vió la cabecita de Raul y el pliegue azul de su vestido. La Virgen se detuvo y exclamó:

—Ese niño es mío: quiero llevármelo también.

Y en efecto, le cogió por los cabellos, creyendo llevárselo fácilmente, pero el niño pesaba tanto, que la Virgen tuvo que soltar todas las ofrendas para cogerle con ambas manos.

Cuando lo dejó todo, telas, coronas y alhajas, pudo levantar al niño, y comprendió por qué pesaba tanto. Su madre Fenora le agarraba con sus dedos moribundos, y el padre con sus dedos crispados agarraba á la madre.

—¡Oh, dijo la Virgen contenta y conmovida al ver aquel racimo de corazones; qué cosas tan hermosas hace Dios en la tierra!

Y en un pliegue de su manto estrellado puso al padre con la madre y el niño, tres amores en uno, pues que no tienen más que un nombre, *La familia*, nombre bendito en la tierra y en el cielo.

Esta historia se cuenta entre Cancale y Pontorson, ambos colocados frente al monte de San Miguel.—PABLO FEVAL.

Imp. de F. Bertran, Pelayo, 60, bajos (interior).

## OBRAS LATINAS PARA SEMINARIOS.

**Alagona** S. Thomæ Aquinatis Theologicae Summae Compendium, un tomo in 32.<sup>o</sup>—2 ptas. 50 cénts.

**Compendium Theologiæ Moralis**, P. Joannis Petri Gury, 12 ptas., 2. tomos.

**Compendium Theologiæ**, P. Perrone S. J. 4 volúmenes, 22 pesetas encuadernados.

**Compendium Theologiæ Moralis**, Fr. Gabriele de Verceno, ord. min.—Dos volúmenes en 8.<sup>o</sup> mayor, 13 ptas.

**Compendium Theologiæ Moralis**, Raymundo Alsina, Phbro.—Dos tomos en 4.<sup>o</sup>, á 10 ptas. 50 cénts. 3.<sup>a</sup> edicion.

**Compendium Theologiæ Maralis**, Fr. Josepho Calasancio a Llevaneras, ordinis minorum, 1 peseta por toda España, 2.<sup>a</sup> edicion.

**Theologia Moralis**, Agustino Lekmkuhl, Societatis Jesu.—2 tomos en 8.<sup>o</sup>—Ptas. 22,50.

**Theologia Moralis C. Alphonsi de Liguorio, etc.**—Nueva edicion. 10 vol. en 12.<sup>o</sup>, 14 ptas.

**Ligorio** (S. M. A. de). Theologia moralis, editio accuratissima.—Dos tomos en 8.<sup>o</sup>, 12 ptas. 50 cénts.

**Theologia Moralis Universa**, P. Scavini.—Cuatro tomos, á 24 ptas. Edicion XIII.

**Charmes**.—Universae Theologiae Compendium.—Edicion nueva, 5 ptas.

**Lárraga**.—Prontuario de Teología Moral.—Un tomo en 4.<sup>o</sup>, á 6 ptas.

**Summa Theologica S. Thomæ Aquinatis** diligenter emendata; Nicolai Sylvii, Billuart et C.—J. notis ornata.—Ocho tomos en 4.<sup>o</sup> á 25 ptas.

**Compendium Theologiæ Dogmaticæ**, Fr. Josepho Calasancio a Llevaneras, ordinis minorum Capuccinorum.—Un tomo en 8.<sup>o</sup>, á 1 peseta en toda España.

**Schouppe. Elementa Theologiæ Dogmaticæ**.—Dos tomos en 8.<sup>o</sup>, octava edicion, 10 ptas.

**Hurter** (H. S. J.) Theologiae Dogmaticae compendium.—Edicion 4.<sup>a</sup>, tres tomos en 8.<sup>o</sup>, 22'50,

**Sancti Thomæ Aquinatis Doctoris Angelici**, O. P. De veritate catholicae fidei contra gentiles, seu Summa philosophica. En 8.<sup>o</sup>, 6 ptas. 50 cénts.

**Catechismus** ex Decreto Concilii Tridentini ad Pa-rochos, Pii V Pontificis Max.—Pesetas 4'50 céntimos, un tomo 8.<sup>o</sup>, n.<sup>a</sup> edicion.

SEGUN EL PEDIDO SE HARÁ REBAJA DE LOS PRECIOS MENCIONADOS EN EL PRESENTE ANUNCIO.

Los pedidos á la Librería de la Inmaculada Concepcion, de Juan Grabulosa, Buensuceso, 13, Barcelona.